

PLIEGO

Vida Nueva
2.981
19/3-1/4-2016



Via Lucis: estampas de Resurrección PASCUA 2016

FRANCISCO MAYA MAYA
VICENTE MARTÍN MUÑOZ
JOSÉ MORENO LOSADA
Sacerdotes de la Archidiócesis
de Mérida-Badajoz

Un año más llega la Semana Santa, antesala de la Pascua. El Resucitado se nos presenta con las llagas del Crucificado. Varios testimonios anónimos comparten las suyas, pero, sobre todo, la posibilidad de transformar su realidad diaria en una historia de esperanza, en otro triunfo del amor sobre la muerte. Son estampas que nos invitan a beber del Espíritu del Resucitado y que proclaman los sentimientos profundos de una humanidad nueva. La que el mundo necesita y la que cada cristiano y la Iglesia entera estamos llamados a construir.

¡HEMOS RESUCITADO!

En el Padre

Ya es imparable, no tiene vuelta atrás. El Espíritu del Resucitado se mueve donde quiere, y el Reino avanza en lo oculto y anónimo de la historia como un grano de trigo, como la levadura en la masa, como la sal en el guiso, como la brisa en la noche. Solo nos toca ser testigos de su encuentro con nosotros, dejarnos sorprender por la fuerza del Resucitado en el camino de la historia, para poder comprender que, en lo más diario, Él viene y nos deja que le abracemos y nos habita, haciendo que arda nuestro corazón ante la vida y los hermanos que nos rodean. Resucitar es sentir el ardor del amor en lo profundo de nuestras vidas, el que se realiza cada mañana cuando nos levantamos para seguir construyendo la ciudad, la casa del mundo, haciendo de la ecología una economía de la fraternidad, buscando que a nadie le falte el pan de la justicia ni el agua de su dignidad. Nuestros hermanos se encontrarán con Él cuando nosotros, haciendo arder la tierra, le llevemos la noticia de que son queridos como hijos únicos en el Hijo, y se lo hagamos creer en nuestra propia generosidad como desbordamiento de su gracia y de su encuentro con nosotros.

Con el Hijo

Se ha terminado el tiempo de los temores ante un poder infundado que atemoriza el corazón de los sencillos, en una dinámica de juicio que se impone y que no salva. Ahora somos nosotros mismos los que tememos no sabernos dejar amar por el que

da la vida entera a favor nuestro.

Ahora estamos seducidos porque la piedra, que se rechazaba por inútil y débil en la cruz, se ha hecho angular, y solo puede salvarse lo que transita por la senda de la misericordia entrañable de nuestro Dios que nos ha visitado de lo alto. Ahora tenemos un Buen Pastor que huele a oveja y las ama, por eso no tenemos ningún miedo; solo cariño, amor, confianza y la ilusión de que un día seremos como Él. Y entonces, solo entonces, tendremos la alegría definitiva. Ahora queremos grabar el aleluya como un sello en el corazón y no olvidar que tu amor es más fuerte que la muerte, que ni los ríos ni los mares podrán anegarlo y que si alguien quisiera comprarlo se haría despreciable.

Por el Espíritu

Tú nos has amado primero. Dejarse llevar por esa corriente de amor único encierra toda la ley y a todos los profetas, porque el que ama tiene todo cumplido. Y lo sentimos cuando, cada mañana, en el mundo se levantan millones de madres y padres que, ilusionados y esperanzados, abrazan a sus hijos, los cuidan, los alimentan y los ponen en pie para que crezcan y avancen como personas en medio de la historia. No hay duda de que el amor está siendo más fuerte que la muerte, el bien que el mal. Saber mirar la historia esperanzadamente, porque creemos que su palabra se cumple, es lo propio de los cristianos, y es lo que el mundo necesita de nosotros. La Iglesia ha de ser fuente en medio de la plaza pública de la historia y del mundo,

donde todos los vecinos puedan venir a beber de balde y satisfacer la sed de amor y de vida que nos habita a todos los que somos imágenes del que solo es Amor. Bebamos en el Espíritu del Resucitado y en las estampas donde se proclaman los sentimientos profundos de una humanidad nueva.

I. UNA HUMANIDAD CON ENTRAÑAS COMPASIVAS

Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme (Lc 24, 39)

El Resucitado se presenta con las llagas del Crucificado. Allí, en el Cenáculo, Jesús muestra a sus discípulos sus heridas. El que llega no es otro, sino aquel que fue crucificado, víctima de las injusticias. Pero ahora vive porque Dios, en su infinita misericordia, ha resucitado al que anunciaba a un Padre que ama a los pobres y perdona a los pecadores, a alguien que se comprometía de verdad con los maltratados por la vida y los crucificados injustamente.

Cristo ha resucitado, el mal no es invencible. Hay salida. Al fin, no van a triunfar la desgracia, la injusticia y el dolor. Ahora es cierto que toda punzada de dolor es como dolor de parto que alumbrará una nueva humanidad.

En un mundo de tantos sufrimientos, desigualdades y víctimas, de una sociedad que descarta y de una economía que “mata”, Jesús nos llama a mirar y tocar sus llagas. Y, como Tomás, necesitamos tocar la carne sufriente para creer (Jn 20, 25). Solo así podremos descubrir al Resucitado. Él se hace especialmente presente en el mundo del dolor y el sufrimiento: *Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mt 25, 40).*

Sin embargo, “a veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás” (EG 270). Como hombres de la Pascua, estamos llamados a hacer de la compasión el principio de nuestra manera de ser, estar y hacer en el mundo: *Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso (Lc 6, 36).*

Allí donde estamos, vivimos, trabajamos, es necesario que “abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus manos, y acerquémonos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad” (MV 15).

No se puede vivir la compasión en la “distancia”; es necesario acercarse, aproximarse, desviando, si es necesario, nuestro camino para encontrarnos con los que sufren. Para compadecer, primero hay que “comparecer” ante el sufrimiento de los maltrechos al borde del camino. La misericordia demanda presencia y descabalgarse uno para montar en la propia cabalgadura al otro sufriente.

TESTIMONIO

Un testimonio de entrañas de misericordia es el de **José**, alcohólico rehabilitado, que se enteró de que **Antonia**, una persona mayor sin familia ni hogar, a quien conoció precisamente en un centro de personas sin hogar, estaba hospitalizada finalizando ya su vida. Él se acercó para visitarla y decidió venir a acompañarla por las noches, y durante varios días la cuidó hasta que dio el paso a la vida eterna. José decía: “No es de mi familia, pero la calle nos hizo hermanos y los hermanos se cuidan”.

Al resucitar a Jesús, Dios no solo lo libera de la muerte, sino que hace justicia a una víctima de los hombres. La misericordia y la justicia caminan juntas, no se pueden separar, pues –como dice **Francisco**– “no son dos momentos contrapuestos entre sí, sino dos dimensiones de una única realidad que se desarrolla progresivamente hasta alcanzar su ápice en la plenitud del amor” (MV 20). Una misericordia encarnada transita caminos de justicia y humanización. El Resucitado nos llama a trabajar por la justicia y a denunciar la injusticia.

Cuando el cristiano vive en la dinámica de la compasión y la ternura, el camino de dolor se une con el de la vida, que es la última palabra de Dios sobre el universo y la historia,



haciéndose *via lucis*. Todo amor a la vida se transforma, entonces, en participación de la Pascua de Jesús.

Señor Resucitado, danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana e inspíranos el gesto oportuno ante el hermano solo y desamparado.

II. CON UNA SIEMBRA GRATUITA

Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación (Mc 16, 15)

En la actual sociedad de la comunicación no se necesitan más palabras y discursos; se necesitan testigos de la vida, de la esperanza y del amor.

Quien se encuentra con el Resucitado no puede ocultarlo. Quien experimenta en su vida a Jesús “vivo”, siente la necesidad de darlo a conocer. Contagia lo que vive. Se convierte en testigo. Esa fue la experiencia de los discípulos de Emaús, que contaron lo que les había acontecido en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan (Lc 24, 35),

o de **Magdalena**, que fue corriendo donde los demás discípulos para decirles: *He visto al Señor* (Jn 20, 18).

Como el Padre me ha enviado, así os envío yo (Jn 20, 21). El Resucitado nos envía a sus seguidores a anunciar la Buena Noticia, a proclamar que está llegando el Reino de los cielos (Mt 10, 7), aportando luz, despertando alegría, dando un sentido nuevo a la vida, animando a vivir de una manera más fraterna. Es la propuesta del Reino de Dios: “Se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos” (EG 180).

La alegría que experimentamos en el encuentro con el Resucitado es una alegría misionera, que nos lleva a entrar en “la dinámica del éxodo y del don, de salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá” (EG 21). Es necesario salir al encuentro, buscar a los que están lejos, llegar hasta los cruces de los caminos para invitar a los excluidos de nuestra sociedad y sembrar semillas de vida y resurrección.

Una siembra que hemos de hacer gratuitamente: *Gratis lo recibisteis; dadlo gratis* (Mt 10, 8). Desde una presencia evangélica en nuestros pueblos y barrios, para revelar que el Señor está entre nosotros, que habla, que ama y que camina con nosotros. Sin olvidar que esa presencia no es para que nos conozcan a nosotros, sino para que conozcan el rostro de Jesús, para creerle a Él. Y que, desde esa cercanía, la Buena Noticia llegue a la gente y les toque el corazón. >>

TESTIMONIO

La Hermanitas de Jesús de Ceuta tratan de hacer esta siembra gratuita desde una entrañable cercanía con los inmigrantes, cristianos y musulmanes, que llegan buscando una vida mejor. Ellas los reciben en su casa y comparten comida y oraciones, visitan el CETI (Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes) para llevar semillas de vida y esperanza y peregrinan a ese templo del dolor que es el bosque de Castillejo (Marruecos), donde hay muchos chicos esperando para saltar la valla. De esta manera, son un signo vivo de la misericordia de Dios, que no sabe de fronteras, ni vallas, ni religiones, ni razas.

VIA LUCIS: ESTAMPAS DE RESURRECCIÓN

» Queremos sembrar con realismo, paciencia y confianza, conscientes de las dificultades y resistencias, sabiendo que la siembra se echará a perder en más de un corazón, pero sin desalentarnos, pues toda siembra es larga y paciente, y confiando en la fuerza de la Palabra, que dará su fruto.

Hoy sobran cosechadores y faltan sembradores “con espíritu”. Lo nuestro no es cosechar éxitos y reconocimientos, conquistar la calle y dominar la sociedad, llenar las iglesias, imponer nuestra fe. Nuestra tarea es otra: guiados por el Espíritu del Resucitado, sembrar palabras de esperanza y gestos de compasión.

En un mundo falto de corazón, el Resucitado-Compasivo dirige nuestra mirada hacia las periferias que necesitan la luz del Evangelio (EG 20). No cabe duda de que los pobres, los enfermos, esos que suelen ser despreciados y olvidados, son los destinatarios privilegiados del Evangelio (EG, 48). Ellos están en el corazón del Evangelio. Y en ellos hemos de reconocernos “como marcados a fuego por la misión de iluminar, bendecir, vivificar, sanar, liberar” (EG 273).

Todos estamos llamados a anunciar/sembrar el Evangelio de la misericordia, a “brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva” (EG 24). Este anuncio ha de ir acompañado de gestos que corroboren las palabras:

“Llevar una palabra y un gesto de consolación a los pobres, anunciar la liberación a cuantos están prisioneros de las nuevas esclavitudes de la sociedad moderna, restituir la vista a quien no puede ver más porque se ha replegado sobre sí mismo, y volver a dar dignidad a cuantos han sido privados de ella” (MV 16).

Señor Resucitado, danos tu fuerza y tu gracia para ser testigos de luz y de tu Evangelio en todas las fronteras y periferias de nuestro mundo.

III. CON UNA ESPERANZA AUDAZ

Mujer, ¿por qué lloras? (Jn 20, 13)

Al escuchar que Jesús había muerto, todos corrieron en estampida. Los discípulos se adentraron en el lamento y la desesperanza. “Ha muerto”, y muchos hoy siguen en nuestro mundo viviendo bajo este síndrome: “Dios ha muerto”. Se trata de un mundo sin referencia a Dios, estamos en una época donde ya no se cuenta con Dios para fundamentar las lecturas que cada cual hace de la realidad, de los valores, de la vida. Dios es el gran ausente en la vida cotidiana, no ya solo de los no creyentes, sino también de los creyentes. En cada uno de nosotros parece que, en lugar de vivir el Espíritu del Resucitado, habita el espíritu de la derrota, de la apatía, del conformismo, de la desesperanza. “Hay cristianos –dice el papa

Francisco– cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua” (EG 6).

Quizá, como manifiestan algunos autores, estamos bajo el *síndrome de María Magdalena*. El síndrome de esa mujer que vive llorando, sumida en el dolor y la nostalgia de los recuerdos de un Jesús que ha muerto. Se trata de una mujer que amó mucho a Jesús y que ahora solo intenta recuperar su cadáver. Lo único que puede hacer es encerrarse en su interior viviendo de los recuerdos pasados, ya que el mundo exterior es cruel, hostil: han matado a Aquel que ella más quería, al Señor.

Este síndrome nos sumerge en el miedo ante el mundo, nos lleva a encerrarnos en los ámbitos cálidos de los templos, a vivir sin esperanza alguna, lamentándonos y condenando al mundo. Sufrimos vivencias de temor, miedo, pánico, encerramiento, desasosiego, angustia, aflicción, cobardía, desconfianza, alarma... *No tengáis miedo. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? Ha resucitado* (Mc 16, 6)

El miedo nos paraliza y nos impide reconocer al Señor presente entre nosotros. María Magdalena era incapaz de reconocer al Señor muy cerca de ella, estaba vivo; pero era necesario reconocerlo en el jardinero, en el compañero de trabajo, en el pobre que pasa junto a ti, en el anciano, en el joven sin empleo... Se presenta inesperadamente, el Resucitado viene a visitarnos (tal vez en el rostro de un desconocido o de alguien que está caminando hace mucho tiempo con nosotros). Será Él quien, a través de esa presencia escondida, venga a curar nuestras ansias y temores y traiga paz a nuestro corazón dividido: *¡No temáis!* (Mt 28, 10).

No hay que buscar como María Magdalena a un cadáver, hay que buscar al Dios vivo entre nosotros, buscar a Dios con todo el corazón: *Me buscaréis y me encontraréis, si me buscáis de todo corazón* (Jer 29, 13). Dios, en Jesús Resucitado, ha salido a nuestro encuentro, está entre nosotros, y ahora somos nosotros los que hemos de encontrarlo, verlo, tocarlo, escucharlo.

Jesús Resucitado nos sana del síndrome de la angustia y la derrota, y nos hace vivir con esperanza audaz, con confianza arriesgada,



con el coraje de salir: *Id* (Mt 28, 19). “Hoy, en este ‘id’ de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva ‘salida’ misionera” (EG 20).

TESTIMONIO

Ayer, **Carlos** venía sonriente a la cita del Centro de Escucha. Lo recibí como siempre en la puerta y nos saludamos con cariño; le faltó tiempo para hablar de la semana, de las cosas que le habían acontecido. Una de ellas fue entrañable: en el curso de informática de Cruz Roja, al que asiste con su mujer, le habían preparado una tarta porque era su cumpleaños; ni se lo podía imaginar. Claro que la tarde antes le había ocurrido en su propia casa: su hijo pequeño le dijo que bajara al salón, que había venido su amigo **Alfonso** a visitarlo; pero no era verdad, le esperaba su mujer con sus hijos para sorprenderle y cantarles el cumpleaños feliz. Se le alegraban los ojos y se le saltaban las lágrimas, aunque ahora era de alegría y estima. El mejor cumpleaños de toda su vida. Carlos llegó en noviembre con llanto de desesperación, baja autoestima, deseos de desaparecer... Sin trabajo, desconfiando de todo el mundo, con violencia en su interior, con ansiedad. Ahora vive en circunstancias parecidas, pero con una esperanza que llega de lo alto, está naciendo de nuevo, vuelve a ser él.

Es tiempo para ser creyentes con la esperanza puesta en el Resucitado, una esperanza que debe ser comunitaria, misionera, laboriosa, inagotable, tozuda, paciente, fiel, crucificada (enterrada-encarnada), martirial, resucitada... Es tiempo para vivir con pasión, vivir un cristianismo que vibre, que entusiasme con un estilo de vida apasionante, digno de ser vivido.

Al cristiano desanimado lo salva la esperanza, socialmente operativa y crucificada, es decir, un *esperar contra toda esperanza* (Rom 4, 18) o “esperar por la cruz”.

La esperanza sostiene la vida, la responsabilidad, la acción.

Señor Resucitado, ayúdanos a esperar contra toda esperanza, a vivir desde tu Reino y los signos de tu presencia viva en la humanidad.



IV. CON UNA ALEGRÍA COMPROMETIDA

La ciudad se llenó de alegría (Hch 8, 8)

La fe en Jesús Resucitado llevó a los primeros cristianos a vivir alegres a pesar de las dificultades tan duras que encontraban. Era tal la alegría que tenían, que contagiaron a toda la ciudad. Experimentaban la alegría que ya les prometió Jesús: *Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría* (Jn 16, 20).

La tristeza nos hunde y nos repliega sobre nosotros mismos. El papa Francisco nos advierte del gran riesgo de la tristeza individualista: “El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no queda espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien” (EG 2).

La alegría cristiana es algo muy distinto de un contentamiento fácil y no tiene nada que ver con una

satisfacción ingenua de uno mismo y de los demás. Se trata nada menos que de una tristeza superada, porque nuestra religión no es la religión de la ausencia, haciendo guardia ante la tumba vacía, viviendo con rostros severos, sombríos, amargados, testigos de la ausencia de Dios.

Nuestra religión es la religión de la presencia del Cristo vivo. La alegría cristiana nace del encuentro con Cristo resucitado, como la de aquellos dos de Emaús (Lc 24, 13-35); es fruto de una experiencia de fe en Él y de comunión con Aquel que es Camino, Verdad y Vida (Jn 14, 6), que me muestra cuál es el sentido de mi vida en el mundo, la grandeza de mi destino. Solo el Señor Jesús puede ofrecer la alegría que nadie nos podrá arrebatar (Jn 16, 22).

La alegría verdadera se desarrolla dentro de la persona. Decía R.

Tagore: “Buscas la alegría en torno a ti y en el mundo. ¿No sabes que solo nace en el fondo de tu corazón?”.

Es en el corazón donde habita el Resucitado, que nos ofrece su Palabra de vida, que es fuente de alegría.

El mismo Espíritu de Jesús Resucitado es el que provoca, como en aquellos discípulos de Emaús, ese gozo interior. Esa alegría no podemos comprarla ni poseerla, se nos ofrece gratuitamente cuando vamos ➤

» de camino. Nos visita de pronto cuando acogemos al inmigrante y nos sorprende el huésped, cuando cuidamos al enfermo y él nos ofrece su salud, cuando vestimos al desnudo y él nos ofrece su traje nuevo, cuando vamos a ver al preso que nos libera, cuando damos de comer al hambriento y él nos ofrece un banquete que nunca habríamos podido imaginar (Mt 25, 35-46). Serán ellos los que escriban nuestros nombres en el cielo, en el corazón del Padre-Madre del cielo: *Alegraos más bien de que vuestros nombres estén escritos en el cielo* (Lc 10, 20).

TESTIMONIO

María tiene 90 años, asiste al grupo de Vida Ascendente de una residencia pública. En la reunión da un testimonio que se nos graba a fuego a todos. Se habla de cómo Dios es gratuito con nosotros y nos cuida, se pregunta si ellos han sentido esa gratuidad de Dios de alguna manera. Ella relata su historia: comenzó a trabajar a edad infantil, de casa en casa, nunca se sintió valorada ni bien tratada, construyó con mucho sacrificio su familia, su casita sencilla en un barrio pobre, nada fue fácil. Ha sufrido la muerte de dos de sus hijos. Pero, en todo el trayecto, confiesa que nunca perdió la confianza en Dios, sintió su presencia; aunque no sabe leer ni escribir, nunca le faltó la fe. Ella sospechaba que Dios le iba a hacer un buen regalo, que lo vería. Ahora ya sabía cuál era el regalo que Dios le tenía reservado: una vejez muy feliz. Ella veía la gratuidad de Dios en sus 90 años, en su agilidad, en la residencia, en el cariño de los que le rodean, en poder hacer cosas por los demás, en aliviar... Se siente reina y pide a Dios que le dé todo el tiempo que Él quiera, que está muy feliz. Los residentes ancianos la habían elegido residente ejemplar este año porque transmite alegría y bondad.

La alegría es para vivirla y ofrecerla en el camino. No somos cristianos más que cuando somos testigos del Cristo Resucitado, *hemos visto al Señor*, y Él nos ha enviado a ser testigos de su alegría: *Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría sea plena* (Jn 15, 11). Su mensaje es fuente de gozo que hemos de anunciar y testificar con nuestras acciones. Construyamos comunidades entusiasmadas, que



sepan cantar a la vida, vibrar ante la belleza, estremecerse ante el misterio y anunciar y construir el Reino del Cristo vivo y resucitado.

Enséñanos a vivir con alegría los hechos cotidianos de nuestra vida: la rutina del trabajo y el pasar de los días. Que no nos invada el desaliento de estos tiempos.

V. ES PAN PARTIDO EN LA COMUNIDAD

Contaron lo que les había pasado por el camino y cómo le habían reconocido al partir el pan (Lc 24, 35)

El Creador, el Padre amoroso, en la fuerza de su pasión por la humanidad, se hizo creatura, y la revolución se estableció en todo el universo por un Absoluto que se hacía señal en un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Un sencillo hombre de la historia de cada día, que anduvo por las calles, las plazas, los caminos a pie descalzo, para sentir en su propia vida lo que era la vida de lo humano. Ahí se abrió al misterio del pan de cada día y ahí aprendió a partirlo y a compartirlo. Su propia vida fue entendida como el pan que se parte y se reparte entre los hermanos;

lo hizo en todo su vivir diario y lo celebró en la mesa de la entrega definitiva, cuando selló una alianza eterna de amor con su cuerpo y con su sangre: *Tomad y comed todos de él.*

No podía morir esta entrega, este amor comprometido, este deseo de justicia y de misericordia sin límites. Lo crucificaron, pero, al hacerlo, no lo enterraban, sino que lo sembraron para siempre. El amor es más fuerte que la muerte y se impone a ella. El pan partido se empodera del hambre de la humanidad en su deseo de fraternidad y esperanza, para alimentarla como pan de vida eterna. Y ahora todos podemos comer su cuerpo y beber su sangre, todos podemos ser habitados por el Resucitado que, como Dios destrozado, se nos da a trozos para que podamos vivir por Él, con Él y en Él.

El hombre resucitado encuentra en el pan de la Eucaristía el amén de la fidelidad radical del Padre al Hijo que resucita, y del Hijo al Padre que ha arriesgado su existencia aceptando la cruz a favor de la liberación y salvación de todos los pueblos de la tierra. En el pan glorioso del Resucitado está la fuerza que nos

ayuda a proclamar que el inocente injusticiado ha sido liberado para siempre y ya tiene alimento de vida eterna para todos, especialmente los que sufren, que es posible la justicia. No impidamos a Cristo estar realmente presente allí donde Él quiere estar, para llevar su Evangelio de dignidad, verdad y justicia. Hoy como nunca el reto está en que la presencia real de Cristo llegue como sanación, consuelo, dignidad, justicia, verdad, libertad a todos los que sufren en el alma o en el cuerpo.

El pan partido y entregado tiene como horizonte la fraternidad que se

TESTIMONIO

Hace unos meses, la madre de **Cristina** me escribía desde el hospital y me anunciaba que habíamos entrado en alerta "0"... Su hija se había estabilizado un poco y ahora era posible intentar el trasplante de su corazón para que pudiera seguir viviendo, aunque el pronóstico seguía siendo muy grave. Alrededor de ella se temblaba y se esperaba... Era posible esperar porque la grandeza de lo humano ante los límites es insospechable, y hay mucha bondad en la historia y en nuestro mundo.

Hoy Cristina ha llegado a su casa, ha dejado el hospital de Madrid... Ya ha dado sus paseos antes de salir de allí. Todo un milagro de amor realizado entre todos -médicos, enfermeros, familia, amigos...-, todo el amor le ha devuelto la vida; y así ha entrado en su casa, llena de amor, con un corazón nuevo que ha sido vitalizado por millares de corazones que la quieren y la animan, conocidos y anónimos, todos unidos por una esperanza y una ilusión. Ahora a caminar y a vencer dificultades, pero todas con amor.

ejerce en la comunidad de la nueva alianza. Somos alimentados por un mismo cuerpo, bebemos en una misma sangre; ahí está el principio y el horizonte de nuestra vida en Cristo.

La comunidad del Resucitado no pude cerrar sus puertas por miedo, sino que está llamada a sentarse en medio del mundo y de las plazas, como hace el pan de cada día, para que a cada uno le llegue el trozo partido de su consuelo, su alivio, su descanso y su salvación. Para eso no hay otro camino que destrozarse en el amor, para que otros nos puedan

comer en su hambre; todos estamos llamados a comulgar diariamente trozos de Dios resucitado, en medio de la historia, para poder destrozarnos en la entrega y ser trozos de vida para otros. Y el Dios Resucitado nos viene entregado en los retazos del vivir diario, en los encuentros con los rotos de la historia, así como en los gestos de compartir y de unidad que se nos ofrecen por parte de muchos hombres que hacen de su vida lugar de encuentro, recuperación, sanación y familia para los que más lo necesitan. Traer al centro de la comunidad a los rotos y excluidos ha de ser el oficio propio de los que se han encontrado con el Resucitado, de la comunidad eclesial que quiere ser testigo de la esperanza en medio del mundo.

Señor Resucitado, queremos ser pan partido para el pueblo, trozos de tu aleluya para todo sufrimiento y tristeza en nuestro mundo.

VI. QUE DA EL PERDÓN Y LA PAZ

Paz a vosotros. Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados... (Jn 20, 21-23)

El Resucitado nos libera de los miedos y nos concede la libertad, su encuentro nos produce la paz, la verdadera paz que nace del perdón auténtico que sana todas las heridas

para que el hombre pueda tener vida abundante. En el encuentro nos reconcilia y pacifica, a la vez que nos da el poder de reconciliar y llevar la paz. Nos invita a darnos y desearnos la paz; desear la paz es desearnos todo, así lo hacemos en la eucaristía cada domingo. La realidad, sin embargo, nos habla más bien de venganza y de violencia de un modo estructural y ambiental en nuestro mundo y en nuestra sociedad. La ofensa se adentra en el corazón del hombre e invita al rencor para permanecer unido a él. Cuando eso ocurre, la muerte se apodera de lo humano y las sociedades se vuelven poco humanas y habitables; la sospecha, la desconfianza, la frialdad, la indiferencia, la lejanía se apoderan de los sentimientos y nos hacemos cada vez más cerrados e individualistas en todos los ámbitos: políticos, regionales, económicos, sociales, familiares, religiosos, deportivos...

El hombre del Resucitado utiliza el poder que le ha sido concedido para la reconciliación y la paz, tiene poder para perdonar ofensas, un perdón que salta límites: *Amad a vuestros enemigos; haced el bien y seréis hijos del Altísimo, que es bueno con los ingratos y perversos. Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso... Perdonad y seréis perdonados (Lc 6, 35-37).* La Resurrección nos muestra, >>



VIA LUCIS: ESTAMPAS DE RESURRECCIÓN

» sin lugar a dudas, que el perdón es la clave de la misericordia, que estamos llamados a ejercerlo, sabiendo que hemos de caminar en un sentido integral y saludable del perdón, que vence a la ofensa, a toda ofensa; y eso por un doble camino:

■ El camino de la reconciliación personal, viviendo el mandato de saber amarnos a nosotros mismos con las claves el amor de Dios que nos ha bendecido en Cristo, como hijos amados suyos y siempre está dispuesto al perdón y a la misericordia para que podamos tener su paz y su fuerza.

■ El camino de la humildad y su poder de perdón, que no distingue entre ofensor y ofendido en lo que le afecta, sino que, con la libertad del Espíritu de Jesús, da los pasos necesarios para entrar en el perdón mutuo sin más condición que la ternura y la compasión. Poder de perdonar que libera de todo rencor y deseo de venganza, sabiendo que en la violencia perdemos todos, pero en el perdón todo es ganancia.

El hombre nuevo cuida su proyecto de vida personal. Tratar de conocerse mejor a sí mismo profundiza en la vivencia de todas las emociones y las encauza para hacerlas lugares de vida y crecimiento personal, sin querer reprimirlas ni anularlas.

TESTIMONIO

“Vengo de una historia y trayectoria personales de alcance público: una historia lejana y cercana a la vez. Lejana porque hace ya veintitrés largos años que tuve la Gracia de poder comenzar a reconducir mi vida por la senda del Evangelio. Cercana, muy cercana, porque siempre tengo presente el sufrimiento generado por ETA durante los años en que fui militante, sufrimiento a todas luces injusto e injustificable, fruto de unas acciones ética y moralmente reprobables y condenables. Veintitrés años después, tras un largo recorrido de conversión, arrepentimiento, búsqueda y práctica de valores éticamente más sólidos y vitalmente más profundos y solidarios, creo ser capaz de verme y sentirme con mayor lucidez, con mayor transparencia, con mayor desnudez también y, eso quisiera al menos, con mayor empatía hacia el sufrimiento ajeno, especialmente

hacia el sufrimiento de las víctimas generadas por nuestra sinrazón y soberbia. Y nunca olvido que esa profunda conversión o transformación interior se la debo a Dios. Dios es para mí es la Realidad fundante, Alfa y Omega de nuestra humanidad, ese *Abbá* a quien oraba Jesús de Nazaret y de quien se sentía Hijo en el sentido más pleno y profundo de la palabra.

He tenido la oportunidad de ser recibido por varias víctimas del terrorismo de ETA. Pude escuchar su verdad y su sufrimiento; yo también me sentí escuchado, y además desde una mirada de respeto y acogida. Si eso no es una parte del cielo... No hay palabras para expresar la gratitud y admiración que siento por ellos. Aprovecho esta oportunidad para reiterar públicamente mi petición de perdón”.

El hombre perdonado es sanador herido y sabe vivir la dinámica del perdón en la relación con Dios y los hermanos, a nivel personal y comunitario, redescubriendo los procesos de conversión y la



celebración gozosa del sacramento de la Reconciliación. Cuida las relaciones con las personas que son de otras ideas políticas, religiosas y clases sociales, para que siempre sean desde el respeto y la ternura, porque, en el Espíritu de Cristo Resucitado, quiere ser universal.

Señor Resucitado, danos el poder de perdonar y reconciliar nuestras propias vidas y la de los hermanos, saber reconciliarnos especialmente con los rotos y los que sentimos más lejanos y olvidados, también con nuestros enemigos.

EPÍLOGO: SU GLORIA, NUESTRA INQUIETUD Y ANHELO

Ahora, el Espíritu de Cristo glorioso grita en nuestro interior, se hace para nosotros inquietud por lo humano y anhelo de tu vida resucitada. Inquietud viva, horizonte abierto... ¡Sin ti no soy nada!

Como el sarmiento arrojado de la vid, como el trillo en la era abandonado, como la noria que acabó fija sin dar vueltas, como la no amada... Inquietud, sin ti no somos nada. Los jóvenes gritan en las plazas que otro mundo es posible y, en su fondo, estás tú Resucitado, llamándonos a lo más alto de la tierra y del horizonte. Señor, contigo hemos aprendido que anhelar es abrirse a la búsqueda de un horizonte para caminar, de una inquietud para vivir, de un cimiento para apoyarse, de un lugar para identificarse, de mares para navegar, de un camino para ir, de una vejez para arribar a la otra orilla.

Permanecer es morir; pero salir, andar, caminar en búsqueda inquieta de quien quiere ser y hacerse, eso es vivir. El proceso es imparable, y la humanidad anhela un amanecer que anuncie las albricias de lo verdaderamente humano y que escape de la institucionalización de lo normativo en el mercado del tiempo, porque abre espacios de libertad creativa y creadora, porque todo está por hacer en el camino de la eternidad. No debemos, no podemos renunciar al anhelo del Absoluto, porque solo en Él podremos descansar con este corazón inquieto que nos golpea y empuja al nuevo día, al apocalíptico octavo, donde todo se hará nuevo, porque el primer mundo ha pasado y el mar ya no existe... ●